

coche iban varios traperos llenos de guilaños, y carniceros con su sangriento delantal á la espalda, con su desnudo cuchillo en la cintura, y las mangas remangadas: la imperial, el pescante y el sitio de los lacayos estaban ocupados por otros personajes del mismo género. Disparábanse tiros de fusil y de pistola, y el populacho gritaba: *¡Ahi van el pastelero, la pastelera y el marmítón!* Delante del hijo de San Luis, y á guisa de oriflama, elevábanse sobre dos alabardas las cabezas de dos guardias de corps, rizadas y empolvadas por un peluquero de Sèvres.

El astrónomo de Bailly declaró á Luis XVI en el *hotel de Ville* que el pueblo, humano, fiel y respetuoso, acababa de conquistar á su rey: y el rey por su parte, muy sensible á esta manifestación y muy contento, declaró que había venido á París por su propia voluntad: falsedades indignas, hijas de la violencia y del miedo, que deshonran entonces á todos los hombres y á todos los partidos. Luis XVI no era falso, sino débil; pero si la debilidad no es lo mismo que la falsedad, hace sus veces: el respeto que deben inspirar la virtud y la desgracia del rey santo y mártir, convierten todo juicio humano en un casi sacrilegio.

ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

Los diputados dejaron á Versalles y tuvieron su primera sesión el 19 de octubre en uno de los salones del arzobispado. El 9 de noviembre se trasladaron al recinto del Manege, cerca de las Tullerías. En lo que restaba del año de 1789 expidieron decretos despojando de sus bienes al clero y destruyendo la antigua magistratura, y crearon los asignados, la autorización de la municipalidad de París para que se constituyera en primer comité de indagaciones, y el mandato de los jueces para el procedimiento del marques de Fabras.

La asamblea constituyente, á pesar de todo lo que puede echársele en cara, no dejó de ser por eso la congregación popular mas ilustre que había existido hasta entonces en las naciones, tanto por la grandeza de sus transacciones como por la inmensidad de sus resultados. No hubo cuestión política, por elevada que fuese, que no tocase y resolviese con acierto. ¿Qué hubiera sido de ella si se hubiese atendido únicamente á los acuerdos de los estados generales, y no hubiese tratado de ir mas allá de lo que estos fueron! Todo lo que la experiencia y la inteligencia humana habían descubierto, concebido y elaborado durante tres siglos, se halla consignado en estas actas, así como los diversos abusos de la antigua monarquía y los medios propuestos para remediarlos. En ellas consta también la reclamación de todas las libertades, inclusa la de la prensa, y la promoción de toda clase de mejoras para la industria, las manufacturas, el comercio, los caminos, el ejército, las contribuciones, la hacienda, las escuelas y la instrucción pública, etc. Hemos atravesado, sin sacar provecho alguno, abismos de crímenes y montones de gloria; la república y el imperio no han servido para nada; el imperio no ha hecho mas que regularizar la fuerza brutal de los brazos que la república había puesto en movimiento, y dejarnos la centralización; administración vigorosa, que en mi juicio es un mal, pero que es quizás la única que pudiera reemplazar las administraciones locales en aquella época, en que todas estaban destruidas, y en que la anarquía y la ignorancia bullían en todas las cabezas. Acerca de esto apenas hemos dado un paso desde la asamblea constituyente acá: sus trabajos son como los del gran médico de la antigüedad, los cuales marcaron los límites de la ciencia. Hablemos, pues, de algunos

individuos de aquella asamblea, y fijémonos en Mirabeau, que es el que los resume y domina á todos.

París noviembre de 1821.

MIRABEAU.

Mezclado por los desórdenes y los azares de su vida á los mas grandes acontecimientos y á la existencia de los presidiarios, de los despojados y de los aventureros, Mirabeau, tribuno de la aristocracia, diputado de la democracia, tenia algo de Graco y de don Juan, de Catilina y de Guzman de Alfarache, del cardenal de Richelieu y del cardenal de Retz, del truhan de la regencia y del salvaje de la revolución. Tenia además la esencia de los *Mirabeau*, familia florentina desterrada, que conservaba algo de esos palacios armados y de esos grandes facciosos celebrados por Dante; familia que se había naturalizado en Francia, donde el espíritu republicano de la edad media de la Italia y el sentimiento feudal de nuestra edad media se habían reunido en una sucesión de hombres extraordinarios.

La fealdad de Mirabeau, aplicada sobre el fondo de la belleza particular á su raza, producía como una figura poderosa parecida al *juicio final* de Miguel Angel. Los surcos abiertos por la viruela sobre el semblante del orador parecían como la huella que deja el fuego al pasar. La naturaleza parecía haber modelado su cabeza para el imperio ó para el cadalso; tallado sus brazos para comprimir con ellos una nación ó robar una mujer. Cuando sacudía su cabellera mirando al pueblo, lo paraba; cuando levantaba su planta y mostraba sus uñas, la plebe corría furiosa. En medio del espantoso desorden de una sesión lo he visto en la tribuna sombrío, feo é inmóvil: recordaba el caos de Milton, impasible y sin forma en el centro de su confusión.

Mirabeau tenia algo de su padre y de su tío, quienes, como Saint-Simon, escribían á la diábala páginas inmortales. Suministrábanle discursos para la tribuna, y tomaba de ellos lo que su espíritu podía amalgamar á su propia sustancia. Si los adoptaba enteros, los pronunciaba mal; conociase que no eran suyos por las palabras que á la ventura intercalaba en ellos, y que le revelaban. Sacaba su energía de sus vicios, y estos vicios no nacían de un temperamento frígido, sino de pasiones profundas, abrasadoras y tempestuosas. El cinismo de las costumbres trae á la sociedad, destruyendo el sentimiento moral, una especie de bárbaros: estos bárbaros de la civilización, aptos para destruir como los godos, no tienen cual ellos el poder de fundar; aquellos eran los enormes hijos de una naturaleza virgen; estos son los abortos monstruosos de una naturaleza depravada.

Por dos veces he hallado á Mirabeau en un banquete: una en la casa de la sobrina de Voltaire, la marquesa de Villette, y otra en el Palais-Royal, con diputados de la oposición que Chapelier me había hecho conocer: Chapelier marchó al cadalso en la misma carreta que mi hermano y Mr. de Malesherbes.

Mirabeau habló mucho, y sobre todo mucho de sí propio. Aquel hijo de leones, león él mismo, con cabeza de quimera; aquel hombre, tan positivo en los hechos, era todo lo novelesco, todo lo poeta, todo lo entusiasta posible por su imaginación: en su lenguaje reconocíase al amante de Sofia, exaltado en sus sentimientos y capaz del sacrificio. «Yo la encontré, me dijo, esa mujer adorada... supe lo que era su alma, ese alma formada por manos de la naturaleza en un momento de magnificencia.»

Mirabeau me encantó con sus aventuras amorosas, con sus deseos de retiro, que mezclaba al traves de

áridas discusiones. Me interesaba además por otro motivo: como yo, había sido tratado severamente por su padre, el cual había guardado, como el mio, la inflexible tradición de la autoridad paternal absoluta.

El gran convidado se extendió sobre la política extranjera, y no dijo casi nada sobre la política interior; era, sin embargo, lo que le preocupaba: pero dejó escapar algunas palabras de soberano desprecio contra los hombres que se proclamaban superiores, merced á la indiferencia que afectaban hácia las desdichas y los crímenes. Mirabeau había nacido generoso, sensible á la amistad, fácil para perdonar las ofensas. A pesar de su inmoralidad, no había podido faltar su conciencia; solo era corrompido para sí propio: su espíritu recto y firme no hacía del asesinato una sublimidad de la inteligencia, y no tenía admiración alguna para los matadores y asesinos.

Mirabeau era orgulloso, y se elogiaba ultrajándose; aunque se constituyó en mercader de paños para ser elegido por el pueblo (habiendo tenido la nobleza la honrosa locura de rechazarlo), estaba orgulloso de su nacimiento: *Pájaro cuyo nido fue entre cuatro torrecillas*, dice su padre. No olvidaba que había aparecido en la corte montado en las carrozas, y cazado con el rey. Exigia que se le calificase con el título de conde, y cubrió á sus pajes y lacayos con la librea de su casa, cuando todo el mundo suprimía sus colores y cuarteles. Citaba á tuertas y derechas á su *pariente*, el almirante de Coligny. Habiéndolo llamado el *Monitor* Riquet: «¿Sabeis, dijo colérico al periodista, que durante tres dias habeis desorientado con vuestro Riquet á la Europa?» Repetía esta gracia impudente y tan conocida: «En otra familia, mi hermano, el vizconde, sería el hombre de talento y la mala cabeza; en mi familia es el tonto y el hombre de bien.»

El fondo de los sentimientos de Mirabeau era monárquico; ha pronunciado estas bellas palabras: «He querido curar á los franceses de la superstición á la monarquía y sustituir á ella su culto.» En una carta destinada á ser leída por Luis XVI, escribía: «No quisiera haber trabajado tan solo en una vasta destrucción.» Sin embargo: esto fue lo que le aconteció: el cielo, para castigarnos por haber empleado mal nuestros talentos, nos da el arrepentimiento por nuestros mismos triunfos.

Mirabeau removía la opinión con dos grandes palancas: de un lado tomaba su punto de apoyo en las masas, de quienes se había constituido defensor despreciándolas; del otro, aunque traidor á su orden, sostenía la simpatía por las afinidades de casta y comunes intereses. Jamás sucederá esto al plebeyo, campeón de las clases privilegiadas; sería abandonado de su partido sin conquistarse la aristocracia, ingrata por naturaleza cuando no se ha nacido en sus filas. La aristocracia no puede además improvisar un noble, puesto que la nobleza es lija del tiempo.

Mirabeau ha hecho muchos discípulos. Rompiendo los lazos morales, muchos han soñado que se transformaban en hombres de Estado. Estas imitaciones solo han producido pequeños perversos: aquel que se liasonjea con ser corrompido y ladrón, no es mas que un miserable perdido; aquel que se cree despreocupado, no es sino vil, y aquel que se vanagloria de ser criminal, solo es un infame.

Muy pronto para él, demasiado tarde para ella, Mirabeau se vendió á la corte, y la corte lo compró. Jugó su *nombradía*, por una pensión y una embajada: Cromwell estuvo á pique de trocar su porvenir por un título y la órden de la Jarretiera. A pesar de su soberbia, Mirabeau no se estimaba en lo que valía. Ahora que la abundancia del numerario y de los destinos ha elevado el precio de las conciencias, no hay *personaje* cuya adquisición no cueste algunos centenares de miles de francos y los primeros honores del Estado. La tumba desligó á Mirabeau de sus promesas y lo puso

al abrigo de los peligros que verosíblemente no habría podido vencer; su vida habría demostrado su debilidad para el bien; su muerte lo ha dejado en posesión de su fuerza para el mal.

Al salir de nuestra comida, discutíase sobre los enemigos de Mirabeau: yo me hallaba á su lado, y no había pronunciado una sola palabra. Me miró fijamente con sus ojos de orgullo, de vicio y de genio, y aplicando su mano sobre mi espalda, me dijo: «No me perdonarán jamás mi superioridad.» Aun siento la impresión de aquella mano, cual si Satanás me hubiese tocado con su abrasada planta.

Cuando Mirabeau fijó sus miradas sobre un joven mudo, ¿tuvo un presentimiento de mis destinos futuros? ¿Pensó que habría de comparecer un día ante mis recuerdos? Estaba yo destinado á ser el historiador de los altos personajes; han desfilado delante de mí, sin que yo me haya acogido á su manto para hacerme arrastrar con ellos á la posteridad.

Mirabeau ha sufrido ya la metamorfosis que se opera con todos aquellos cuya memoria está destinada á vivir: llevado desde el Panteón á las sentinas, y vuelto á conducir al Panteón, se ha elevado á toda la altura de los tiempos que hoy le sirven de pedestal. No se ve ya el Mirabeau real, sino el Mirabeau idealizado, el Mirabeau tal como lo retratan los pintores para hacerlo el símbolo ó el mito de la época que representa; así es mas falso y mas verdadero. De tantas reputaciones, de tantos acontecimientos, de tantas ruinas, no quedan mas que tres hombres, cada uno de ellos enlazado á cada una de las tres grandes épocas revolucionarias. Mirabeau para la aristocracia, Robespierre para la democracia, Bonaparte para el despotismo; la monarquía nada tiene: la Francia ha pagado bien caras tres nombradías que la virtud no puede enaltecer.

París diciembre de 1821.

UNA SESION DE LA ASAMBLEA NACIONAL.—ROBESPIERRE.

Las sesiones de la Asamblea nacional ofrecían un interés que las sesiones de nuestras Cámaras están muy lejos de excitar. Era preciso acudir muy temprano para hacerse con un asiento en las tribunas mas altas. Los diputados llegaban comiendo, hablando, gesticulando, y se agrupaban en los varios ángulos de la sala, según sus opiniones. Se leía el acta; después de esta lectura se fijaba el punto de discusión convenido, que siempre era algun proyecto extraordinario. Jamás se trataba allí de los insípidos artículos de una ley; una destrucción rara vez dejaba de formar parte de la órden del día. Se hablaba en pró y en contra; todo el mundo improvisaba bien ó mal; los debates se hacían borrascosos; las tribunas se mezclaban en la discusión, ya aplaudiendo y victoreando, ya silbando y gritando á los oradores. El presidente agitaba fuertemente su campanilla, los diputados se apostrofaban desde un banco á otro. Mirabeau, el joven, cogía por el cuello á su competidor; Mirabeau, el mayor, gritaba: *¡Callen las treinta voces!* Un día yo estaba colocado detrás de la oposición realista; tenía delante de mí á un caballero del Delfinado, de negra tez, pequeño de estatura, que saltaba de furor sobre su asiento, y decía á sus amigos: «¡Caigamos, espada en mano, sobre esos miserables!» y señalaba hácia el lado de la mayoría. Las mujeres del mercado, que estaban haciendo calceta en las tribunas, lo oyeron, se levantaron, y gritaron todas á la vez con sus calcetas en la mano y el espumarajo en la boca: *¡A la linterna!* El vizconde de Mirabeau, Lantrec y otros jóvenes nobles querían asaltar las tribunas.

Pero muy pronto este escándalo fue eclipsado por otro: muchos peticionarios, armados de picas, se presentaron en la barra. «El pueblo se muere de

hambre, dijo una voz: ya es tiempo de tomar medidas contra los aristócratas y de colocarse á la altura de las circunstancias. El presidente hizo á estos ciudadanos la protesta de su respeto: «No perdemos de vista á los traidores, respondió, y la asamblea hará justicia.» En seguida se promovía un nuevo alboroto: los diputados de la derecha gritaban que se marchaba á la anarquía; los diputados de la izquierda replicaban que el pueblo estaba en el derecho de expresar su voluntad, que tenía el de quejarse de los fautores del despotismo, que se sentaban en el seno de la representación nacional: de esta manera denunciaban á sus colegas al pueblo soberano, que los esperaba en la linterna.

Las sesiones de la noche superaban en escándalo á las de la mañana; se hablaba mejor y con mas audacia á la luz de las arañas. La sala del Manege era entonces un verdadero salon de espectáculos, donde se representaba uno de los dramas mas grandes del mundo. Los principales personajes pertenecian todavía al antiguo régimen; sus terribles sustitutos, ocultos detrás de ellos, hablaban poco ó nada. Al final de una violenta discusión, yo vi subir á la tribuna á un diputado de aire vulgar, de una figura pálida é inanimada, regularmente peinado, vestido decentemente, como el administrador de una buena casa, ó como un escribano de pueblo cuidadoso de su persona. Pronunció un discurso largo y enojoso; nadie le escuchaba; pregunté su nombre, y me dijeron que era Robespierre. Las gentes que llevaban calzado se disponian á salir de los salones, y ya los zapatos empujaban la puerta.

Paris diciembre de 1821.

SOCIEDAD. — ASPECTO DE PARÍS.

Cuando antes de la revolucion leía yo la historia de los trastornos públicos ocurridos en varios pueblos, no concebía cómo se había podido vivir en aquellos tiempos; yo me asombraba de que Montaigne escribiese tan galanamente encerrado en un castillo, fuera del cual no podía dar una vuelta sin correr el riesgo de ser cogido por las partidas de los de la Liga ó de los protestantes.

La revolucion ha venido á hacerme comprender la posibilidad de esta existencia. Los tiempos de crisis redoblan la vida de los hombres. En una sociedad que se disuelve y se reconstruye, la lucha de dos genios, el choque del pasado y del porvenir, la mezcla de las costumbres antiguas y de las costumbres nuevas, forman una combinación transitoria que no dejan lugar al tedio. Las pasiones y los caracteres, en toda su libertad, se manifiestan con una energía que no tienen por lo comun en épocas normales. La infracción de las leyes, la exacción de los deberes, de las costumbres y de las leyes del bien parecer, los peligros mismos, en una palabra, contribuyen al interés de este desorden. El género humano en vacaciones se pasea por la calle; libre de sus pedagogos, vuelve por un momento al estado de la naturaleza, y no comienza á sentir la necesidad del freno social hasta que lleva el yugo de los nuevos tiranos producidos por la licencia.

Yo no podré pintar mejor la sociedad de 1789 y de 1790 que comparándola á la arquitectura del tiempo de Luis XII y de Francisco I, cuando los órdenes griegos vinieron á mezclarse con el estilo gótico, ó mas bien asimilándola á la coleccion de ruinas y de sepulcros de todos los siglos, amontonados y confundidos despues del terror en los claustros de los Pequeños Agustinos; con la diferencia de que las ruinas de que yo hablo estaban vivas, y variaban sin cesar. En todos los ángulos de París habia reuniones literarias, sociedades políticas, y de espectáculos; las futuras

celebridades andaban errantes entre la multitud sin ser conocidas, como las almas á la orilla del Letheo antes de haber gozado de la luz. Yo vi al mariscal Gouvion-Saint-Tyr desempeñar un papel en el teatro de Marais, en *La madre culpable*, de Beaumarchais. Entonces se pasaba del club de los Fuldenses al club de los Jacobinos, de los bailes y de las casas de juego á los grupos del palacio real, de la tribuna de la Asamblea nacional á la tribuna del aire libre. Recorrian las calles diputaciones populares, piquetes de caballería y patrullas de infantería. Al lado de un hombre con traje francés, cabeza empolvada, espada á la cintura, sombrero bajo el brazo y zapatos y medias de seda, marchaba otro con los cabellos cortados y sin polvos, llevando el frac inglés y la corbata americana. En el teatro los actores publicaban las noticias; el patio entonaba himnos patrióticos. Las piezas de circunstancias cautivaban á la multitud. Aparecia un abate en la escena, y el pueblo le gritaba: «¡Calotin! ¡Calotin! ¡Calotin!» y el abate respondia: «¡Señores, viva la nación!» Se corria á oír cantar á Mandini y su esposa, á Viganoni y Rovedino, en la *Opera Bufo*, despues de haber oído ahullar á Carra; se iba á admirar á Mad. Dugazon, Mad. Sain-Aulin, á Carline, á la pequeña Olivier, á la señorita Coutat, Molé, Fleury, á Talma, que hacia su debut, despues de haber visto ahorcar á Favras.

Los paseos en el boulevard del Temple y en el de los Italianos, titulado *Coblensa*, y las calles del jardin de las Tullerías, estaban inundados de mujeres rozagantes; tres jóvenes, hijas de Grétry, brillaban allí blancas y sonrosadas como sus adornos; pero bien pronto murieron las tres. «¡Se ha dormido para siempre, dice Grétry hablando de su hija mayor, sentada sobre mis rodillas y tan hermosa como cuando vivía!» Una multitud de carruajes cruzaban las calles ó salpicaban á los descamisados, y entre los primeros se veía á madama de Buffon, sentada y sola en un faeton del duque de Orleans, parado á la puerta de algun club.

La elegancia y el gusto de la sociedad aristocrática se encontraban en el *hótel* de La-Rochefoucault, en las *soirées* de Mad. de Poix, de Henin, de Limiane, de Vandreuil, y en algunos salones de la alta magistratura que permanecian abiertos. En casa de Mr. Necker, en casa del conde de Montmorin y de los ministros, adonde concurrían con Mad. Staël, la duquesa de Aiguillon y las Sras. de Beaumont y de Serilly, figuraban todas las nuevas ilustraciones de la Francia y toda la libertad de las nuevas costumbres. El zapatero, con uniforme de oficial de la guardia nacional, tomaba en sus rodillas la medida de nuestro pié; el monge, que el viernes arrastraba su ropaje talar, blanco ó negro, llevaba el domingo el gorro encarnado y el traje de ciudadano; el capuchino, afeitado, leía los periódicos en un figon, y en un círculo de mujeres locas se veía á un religioso gravemente sentado. La multitud visitaba estos conventos, abiertos al mundo, como los viajeros recorren en Granada los desiertos salones de la Alhambra, ó como se detienen en el Tiber bajo las columnas del templo de la Sybilla.

Lo demás todo era fuerza, combates y amores, mezclas de prision y de fraternidad política, reuniones misteriosas en medio de las ruinas, bajo un cielo sereno, en medio de la paz y de la poesía de la naturaleza; paseos retirados, silenciosos, solitarios, mezclados de juramentos eternos y de ternuras indefinibles, entre el ruido sordo de un mundo fugitivo y el lejano rumor de una sociedad vacilante que amenaza desplomarse al caer sobre las felicidades colocadas al borde de los sucesos. Cuando se habían perdido ya veinte y cuatro horas, nadie estaba seguro de contar con otras tantas. Los unos se comprometían en la senda revolucionaria; los otros fraguaban la guerra civil; los otros partían para el Ohio, precedidos de planos de castillos que pensaban levantar en el país de los salvajes; otros

marchaban á reunirse á los príncipes; todo esto se verificaba alegremente, sin tener por lo regular ni un sueldo en el bolsillo: los realistas afirmaban que aquel estado de cosas terminaria una de aquellas mañanas por un decreto del parlamento; los patriotas, mas ligeros aun en sus esperanzas, anunciaban como próximo el reinado de la paz y de la felicidad con el de la libertad, y cantaban aquello de:

La sainte chandelle d' Arras,
Le flambeau de la Provence,
S'ils ne nous éclairent pas
Mettent le feu dans la France;
On ne peut pas les toucher,
Mais on espere les moucher.

¡Y hé aquí cómo pensaban Robespierre y Mirabeau! «Así en el poder de cualquiera autoridad humana, decia *La Estrella*, prohibir que el pueblo francés discuta, es como esconder el sol en la tierra ó encerrarle dentro de un agujero.»

El palacio de las Tullerías, gran cárcel llena de condenados, se levantaba en medio de estas fiestas de la destruccion. Los sentenciados jugaban tambien esperando *la carreta, la campanilla, la camisa encarnada*, que se habia puesto á secar, y á través de las ventanas se veían las brillantes iluminaciones del círculo de la reina.

Pululaban á millares los diarios y los folletos, las sátiras y los poemas; las canciones de las *Actas de los Apóstoles* respondían al *Amigo del Pueblo* ó al *Moderador* del club monárquico, redactado por Fontanes; Mallet-dupan, en la parte política del *Mercurio*, estaba en oposicion con Laharpe, y Chamfort en la literaria del mismo diario. Champcenez, el marqués de Bonnav, Rivarol, Mirabeau, el menor (el Holbein de la espada, que levantó sobre el Rhin la legion de los *húsarcs de la Muerte*), y Honorato Mirabeau, el mayor, se divertían en hacer, cuando comían, caricaturas y *El Pequeño Almanaque de los grandes hombres*. Honorato iba en seguida á proponer la ley marcial ó la venta de los bienes del clero. Pasaba la noche en casa de madama Jay, despues de haber declarado que no saldria de la Asamblea nacional sino por la fuerza de las bayonetas. *Igualdad* consultaba al diablo en las carreras de Montrouge, y volvía al jardin de Monceaux á presidir las orgias dispuestas por Lacroix. El futuro regicida no degeneraba de su raza; doblemente prostituido, la desmoralizacion lo entregaba fatigado ya á la ambicion. Lauzun comía en su casita de la barrera del Maine, con bailarinas de la ópera, acariciadas por Noailles, Dillon, Choiseul, Narbonne, Talleyrand y otros elegantes del dia, de los cuales nos quedan dos ó tres momias.

La mayor parte de los cortesanos, célebres por su immoralidad á fines del reinado de Luis XV y durante el reinado de Luis XVI, estaban alistados bajo la bandera tricolor: casi todos habían hecho la guerra en América y tiznado sus cordones con los colores republicanos. La revolucion los empleó mientras se mantuvo á mediana altura, y fueron los primeros generales de sus ejércitos. El duque de Lauzun, el amante romántico de la princesa Czartoriska, volante de las mujeres en los caminos reales, el Lovelace que *tenía* esta, y que despues *tenía* aquella, según la gerga noble y casta de la corte; el duque de Lauzun, hecho duque de Biron, mandando á favor de la Convencion en la Vendée, ¡qué compasion! El baron de Bezenval, narrador embustero y cínico de la corrupcion de la alta sociedad, criticon de las puerilidades de la vieja monarquía espirante, este tosco baron, comprometido en el suceso de la Bastilla, á quien salvaron Necker y Mirabeau, únicamente porque era suizo, ¡cuánta miseria! ¿Qué habían de hacer tales hombres con semejantes acontecimientos? Cuando la revolucion se engrandeció, abandonó con desden á los frívolos apó-

latas de la monarquía; tuvo necesidad de sus vicios, y despues de sus cabezas; no despreciaba ninguna sangre, ni aun la de la Dubarri.

Paris diciembre de 1821.

DE LO QUE YO HACIA EN MEDIO DE ESTE BULLICIO.—MIS DIAS SOLITARIOS.—LA SEÑORITA MONET.—ARREGLO CON MALESHERBES MI VIAJE Á AMÉRICA.—BONAPARTE Y YO, SUBTENIENTES DESCONGIDOS.—EL MARQUÉS DE LA ROUERIE.—ME EMBARCO EN SAINT-MALO.—ÚLTIMOS PENSAMIENTOS AL DEJAR MI PAÍS NATAL.

El año 1790 puso el colmo á la desmoralizacion de 1789. Los bienes de la Iglesia pasaron al Estado, la constitucion civil del clero fue decretada, la nobleza abolida.

No asistí yo á la federacion de julio de 1790, porque una grave indisposicion me tenia en cama; pero antes me había divertido mucho en los carretones del campo de Marte. Mad. Staël ha descrito maravillosamente esta escena. Siempre tendré el pesar de no haber visto á Talleyrand decir misa, ayudado por el abate Luis, y dar audiencia con el sable al lado al embajador del gran turco.

Mirabeau perdió su popularidad el año 1790; sus relaciones con la corte eran evidentes. Necker se retiró del ministerio sin que nadie tuviese deseos de sustituirlo. *Mesdames*, tias del rey, partieron para Roma con pasaporte de la Asamblea nacional. El duque de Orleans, de vuelta de Inglaterra, se declaró el mas humilde y obediente servidor del rey. Las sociedades de los *Amigos de la constitucion*, multiplicadas en el país, se adherían á la sociedad central de París, recibiendo sus inspiraciones y ejecutando sus órdenes.

Encontraba en mi carácter disposiciones favorables para la vida pública, lo que pasaba en comun me atraía, porque entre la multitud conservaba mi aislamiento, y no tenia que combatir mi timidez. Sin embargo, los salones que participaban del movimiento universal eran frecuentados por mí, y había hecho en ellos á mi pesar algunos conocimientos.

La marquesa de Villette fue uno de ellos. Su marido, de una reputacion calumniada, escribía con *monsieur*, hermano del rey, en el *Diario de Paris*. Mad. Villette perdió una hija de diez y seis años, aun mas encantadora que su madre, y para ella escribió el caballero de Parny estos versos, dignos de la antología:

Dulcemente dormida
vuelve al cielo la vida
sin queja del destino;
y acaba su sonrisa
como muere en la brisa
del aveçilla el melodioso trino.

Mi regimiento, de guarnicion en Rouen, conservó hasta muy adelante su disciplina. Tuvo un encuentro con el pueblo con motivo de la ejecucion del cómico Bordier, que sufrió el último decreto del poder parlamentario, ahorcado la vispera, héroe al dia siguiente si hubiese vivido veinte y cuatro horas mas. Pero por último estalló la insurreccion entre los soldados de Navarra. El marqués de Mortemart emigró; los oficiales lo siguieron. Yo no había adoptado ni rechazado las nuevas opiniones; y tan poco dispuesto á combatir las como á defenderlas, no quise emigrar ni continuar en la carrera militar, y me retiré.

Enteramente libre, tenía por un lado disputas bastante vivas con mi hermano y el presidente de Rosambo; y por el otro discusiones muy agrias tambien con Ginguene, Laharpe y Chamfort. A nadie agradaba, desde mi juventud, mi imparcialidad en política. Además, yo no daba importancia á las cuestiones del dia

mas que por la relacion que tenían con las ideas generales de libertad y dignidad humanas; la política personal me fastidiaba; mi verdadera vida se hallaba en regiones mas elevadas.

Las calles de París, llenas de gente dia y noche, estorbaban mis extravagancias. Para hallar el desierto me refugiaba en el teatro; me instalaba en el fondo de un palco, y dejaba errar mi pensamiento entre los versos de Racine, la música de Sacchini, ó los bailes de la Opera. Era preciso que viera intrépidamente veinte veces seguidas en los Italianos *Barba azul* y *Zucco perdido*, fastidiándome para librarme del fastidio como un buho en un agujero: mientras la monarquía caía, yo no oía el estallido de las bóvedas seculares, ni los ahullidos del vaudeville, ni la voz tronante de Mirabeau en la tribuna, ni la de Colin, que cantaba en el teatro:

Llueva ventisque, ó nieve,
cuando la noche es larga, se hace breve.

Mr. Monet, director de minas, y su hija, enviados por Mad. Ginguene, venían alguna vez á turbar mi soledad: la señorita Monet se colocaba en la delantera del palco, y yo me sentaba, medio contento, medio gruñendo, á su espalda. Yo no sé si me agradaba ó la quería; lo que sé es que le tenía miedo.

Cuando había marchado lo sentía, alegrándome de no verla mas. Sin embargo, iba algunas veces sudando á buscarla á su casa para acompañarla en el paseo: le daba el brazo, y creo que apretaba un poco el suyo.

Me dominaba la idea de pasar á los Estados-Unidos, y necesitaba un motivo de utilidad para mi viaje: me proponía descubrir (como lo he dicho en estas *Memorias* y en muchas de mis obras) el paso al Nordeste de la América. Este proyecto participaba de mi naturaleza poética. Nadie se ocupaba de mí; yo era entonces, lo mismo que Bonaparte, un pequeño subteniente, enteramente desconocido; los dos partíamos de la oscuridad en la misma época: yo á buscar mi fama en la soledad; él, su gloria entre los hombres. Sin lazos con ninguna mujer, mi sílde ocupaba aun mi imaginación. Yo me fingía la felicidad, realizando con ella mis correrías fantásticas en las florestas del Nuevo-Mundo. Por la influencia de otra naturaleza, Atala se ha hecho, bajo las sombras de la Florida, mi flor de amor, mi fantasma sin nombre de los bosques de la Armórica.

Mr. de Malesherbes me calentaba los cascos para este viaje. Yo iba á verlo por las mañanas: con la nariz pegada á los mapas comparábamos las diferentes líneas de la cúpula ártica; calculábamos las distancias del estrecho de Bering hasta la bahía de Hudson; leíamos las relaciones de los navegantes y viajeros ingleses, holandeses, franceses, rusos, suecos y daneses; averiguábamos qué camino se había de seguir por tierra para llegar á la ribera del mar polar; conocíamos las dificultades que había que superar, las precauciones que se habían de tomar contra el rigor del clima, los ataques de las fieras y la falta de viveres. Este hombre ilustre me decía: «Si yo fuese mas joven, partiría con vos, y me ahorraría el espectáculo de tantos crimines, tanta locura y cobardía; pero á mi edad es preciso morir donde se está. No dejéis de escribirme en toda ocasion, de decirme vuestros progresos y descubrimientos; yo les daré valor con los ministros. Es muy sensible que no sepáis la botánica.» Al acabar estas conversaciones hojeé á Tournefort, Duhamel, Bernard de Jussieu, Grew, Jacquin, el diccionario de Rousseau, las *Flores elementales*, fui al jardín del rey, y ya me creía un Linneo.

Por último, en enero de 1791 tomé seriamente mi resolución. El caos aumentaba; bastaba llevar un nombre aristócrata para ser perseguido; cuanto mas concienzuda y moderada era una opinion, mas sospechosa

se hacia, y mas se la perseguía. Resolví, pues, levantar mis tiendas: dejé en París á mi hermano y mis hermanas, y me dirigí á la Bretaña.

Encontré en Fougères al marqués de la Rouerie, y le pedí una carta para el general Washington. El coronel Armand (nombre que se daba al marqués en América) se había distinguido en la guerra de la independencia americana. Se hizo célebre en Francia por la conspiración realista que costó tan preciosas víctimas á la familia de Desilles. Muerto organizando esta conspiración, fue exhumado, reconocido, y causó la desgracia de sus huéspedes y amigos. Rival de Lafayette y de Lauzun, precursor de La-Rochejacquelein, el marqués de la Rouerie tenía mas espíritu que ellos; se había batido muchas veces como el primero; había robado actrices en la Opera como el segundo y se hubiera hecho compañero de armas del tercero. Recorria los bosques de la Bretaña con un mayor americano, y acompañado de un mono sentado en la grupa de su caballo. Los estudiantes de derecho de Rennes lo amaban á causa de su actividad en la acción y su libertad de ideas: había sido uno de los doce caballeros bretones presos en la Bastilla. Era elegante de estatura y maneras, de bello continente, de rostro encantador, y se parecía algun tanto á los retratos de los jóvenes caballeros de la Liga.

Elegí á Saint-Malo para embarcarme, con el objeto de abrazar á mi madre. He dicho ya en el libro tercero de estas *Memorias* cómo pasé por Combourg, y los sentimientos que me agitaron. Permanecí dos meses en Saint-Malo, ocupado con los preparativos de mi viaje, como en otra ocasion con mi partida proyectada á las Indias.

Me ajusté con un capitán, llamado Desjardins, que debía trasportar á Baltimore al abad Nagault, superior del seminario de san Sulpicio, y muchos seminaristas, bajo la dirección de su gefe. Estos compañeros de viaje me hubieran convenido mas cuatro años antes: de cristiano celoso me había hecho ateo. Este cambio me produjo la lectura de los libros filosóficos. Creía de buena fe que un espíritu religioso se veía paralizado por una parte; que había verdades que no podían llegar hasta él, por muy superior que fuese. Este orgullo bendito me hizo cambiar: yo suponía en el espíritu religioso la ausencia de una facultad que se encuentra precisamente en el espíritu filosófico: la inteligencia limitada cree verlo todo, porque tiene los ojos abiertos; la inteligencia superior consiste en cerrar los ojos, porque lo ve todo por dentro. Finalmente, una cosa me vencia: la desesperación imotivada que llevaba en el fondo del corazón.

Una carta de mi hermano ha fijado en mi memoria la fecha de mi partida: escribía de París á mi madre anunciándole la muerte de Mirabeau. Tres dias después de la llegada de esta carta me embarqué en el buque en que ya estaban metidos mis equipajes. Se llevaron anclas: momento solemne para los navegantes. El sol se ocultaba en Occidente, cuando el piloto costero nos abandonó. El tiempo era sombrío, la brisa suave, y las olas se estrellaban pesadamente contra los escollos á algunos cables de distancia del buque.

Mis miradas se fijaban en Saint-Malo; acababa de dejar á mi madre bañada en llanto. Veía los campanarios de la iglesia donde había orado con Lucila, los muros, los fuertes, la torre, los arenales donde había pasado mi infancia con Gesril y mis camaradas de diversiones: yo abandonaba á mi patria destrorada cuando perdía un hombre á quien nadie podía reemplazar. Me alejaba igualmente incierto de los destinos de mi país y de los míos: ¿quién perecería; la Francia ó yo? ¿Volveré á ver esta Francia y mi familia?

La calma nos detuvo con la noche á la salida de la rada; los hogares de la ciudad y los faros se encendieron; estas luces, vacilantes bajo mi techo paterno, parecían que me sonreían á la vez y me decían su últi-

mo adios alumbrándome entre las rocas, las tinieblas de la noche y la oscuridad de las olas.

Yo no llevaba mas que mi juventud y mis ilusiones; desertaba de un mundo, cuyo polvo había pisado y contado sus estrellas, por otro mundo, cuyo cielo y tierra me eran desconocidos. ¿Qué me sucedería si llegaba al término de mi viaje? Perdido en las playas septentrionales, los años de discordia que han consumido tantas generaciones con tanto estrépito habrían pasado en silencio sobre mi cabeza; la sociedad se hubiera renovado en mi ausencia. Es probable que yo no hubiera tenido nunca la desgracia de escribir; mi nombre hubiera sido ignorado, ó no hubiera alcanzado mas que una de esas famas pacíficas inferiores á la gloria, desdeñadas por la envidia y entregadas á su felicidad. ¿Quién sabe si yo hubiese atravesado el Atlántico, si no me hubiera fijado en las soledades, exploradas á mil riesgos y peligros, como un conquistador en medio de sus conquistas!

¡Pero no! yo debía volver á mi patria para cambiar en ella de miserias, para ser otra cosa de lo que había sido. Este mar, á cuya orilla había nacido, iba á ser la causa de mi segunda vida; yo era llevado por él, en mi primer viaje, como en el seno de mi nodriza, en los brazos de la confidente de mis primeras lágrimas y de mis primeros placeres. El reflujo, á falta de viento, nos arrastraba á lo largo; las luces de la costa disminuyeron poco á poco, y desaparecieron. Cansado de reflexiones, de pesares vagos y de esperanzas mas vagas todavía, bajé á mi camarate, me acosté, balanceado en mi hamaca al ruido de la ola que acariciaba el flanco del buque; se levantó viento, las velas se hincharon, y cuando subí á cubierta al dia siguiente por la mañana, ya no se veía la tierra de Francia.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

PROLOGO.

Treinta y un años después de mi embarque para América de simple subteniente, me embarqué para Londres con un pasaporte concebido en estos términos: «Dejad pasar al señor vizconde de Chateaubriand, par de Francia, embajador del rey cerca de S. M. B., etc., etc.» No llevaba señas; mi grandeza debía dar á conocer mi cara en todas partes. Un vapor, fletado para mí únicamente, me llevaba de Calais á Douvres. Al pisar el territorio inglés soy saludado por la artillería del fuerte. Un oficial llega de parte del comandante á ofrecermela una guardia de honor. Me apeé en Shipwright-Inn, y el dueño y los criados de la posada me recibieron con los brazos caídos y la cabeza descubierta. La señora alcaldesa me invitó á un sarao en nombre de las mas hermosas señoras de la ciudad. Mr. Billing, agregado á mi embajada, me esperaba. Una comida con enormes pescados y monstruosos pedazos de carne reparan las fuerzas del señor embajador, que no tiene apetito ni se halla cansado. El pueblo, reunido bajo mis ventanas, hace resonar el aire con sus gritos. Vuelve el oficial, y coloca centinelas en mi puerta contra mis deseos. Al dia siguiente, después de haber repartido muchas monedas con el busto del rey, mi señor, me pongo en camino en un carruaje ligero, tirado por cuatro hermosos caballos, conducido diestramente al gran trote por dos elegantes jockeys. Mi servidumbre viene detrás en otros carruajes, precediéndome correos que llevan mi librea. Pasamos por Contorbery, atrayéndonos las miradas del pueblo y de los pasajeros que cruzaban. En Blanch-Heath, desierto frecuentado en otro tiempo por ladrones, hallo una aldea enteramente nueva. Al punto descubro la inmensa nube de humo que cubre la ciudad de Londres.

Sumido en el golfo de vapor, como pudiera estar en una de las bocas del Tártaro, atravieso la ciudad, cuyas calles aun reconozco, y llego al hotel de la embajada, Portland-Place. El encargado de negocios, señor conde de Caraman; los secretarios de embajada, vizconde de Marcellus, baron E. Decazes, Mr. de Bourqueney, y los agregados, me acogen con extremada finura. Todos los ugieres, conserjes, camareros y criados de la casa se hallan en el tránsito. Se me presentan las tarjetas de los ministros ingleses y de los embajadores extranjeros, que ya tenían noticia de mi próxima llegada. El 17 de mayo del año de gracia de 1793 desembarqué, con dirección á la misma ciudad de Londres, en Southampton, humilde y oscuro viajero, procedente de Jersey. Ninguna alcaldesa se apercibió de mi tránsito; el alcalde de la ciudad me dió un pasaporte, al que iba unido un extracto del Allien-bill. Mis señas estaban en inglés: «Francisco Chateaubriand, oficial francés del ejército de los emigrados, con cinco piés y cuatro pulgadas de estatura, patillas y cabellos negros.» Tomé el carruaje mas modesto en compañía de unos marineros licenciados, descansé en las posadas peores, y entré pobre, enfermo y desconocido en una ciudad opulenta y famosa, donde reinaba Mr. Pitt; fui á alojarme por seis che-lines al mes en una buhardilla que me había preparado un pariente de la Bretaña al extremo de una calle pequeña, junto á Tottenham-Court-Road.

«¡Ah! Monseñor, ¡cuánto difiere vuestra vida, hoy de honores llena, de aquellos dichosos tiempos!»

Sin embargo, otra oscuridad me envuelve en Londres. Mi destino político encubre mi fama literaria; no hay un necio en los tres reinos que no prefiera el embajador de Luis XVIII al autor de *El Genio del Cristianismo*. Veré lo que sucede después de mi muerte, ó cuando yo haya dejado de reemplazar al duque de Decazes al lado de Jorge IV, sucesión tan extravagante como el resto de mi vida.

Embajador francés en Londres, uno de mis mayores placeres era dejar mi carruaje al extremo de una calle y recorrer á pié las callejuelas que había frecuentado en otro tiempo; los arrabales populares y baratos donde se refugia la desgracia bajo el amparo de un mismo dolor; los abrigos ignorados que yo visitaba con mis compañeros de desgracia, no sabiendo si tendría pan para el dia siguiente, yo, cuya mesa se cubre ahora tres ó cuatro veces. Yo no encuentro ahora mas que rostros desconocidos en estas puertas estrechas y miserables, abiertas en otro tiempo para mí. Ya no veo á mis compatriotas, conocidos por sus gestos, su manera de andar, por la forma y vejez de sus vestidos; ya no veo á estos sacerdotes mártires, con su alzacuello y su sombrero de tres candiles, la levita larga y gastada, y á quienes los ingleses saludaban á su paso. Largas calles sembradas de palacios han sido abiertas; se han construido puentes; se han hecho paseos; Regent's-Park ocupa junto á Portland-Place las antiguas praderas cubiertas de vacas. Un cementerio que se descubría desde mi buhardilla ha desaparecido en el recinto de una fábrica. Cuando voy á casa de lord Liverpool, siento encontrar el sitio vacío del cadalso de Carlos I; construcciones nuevas, estrechando la estatua de Carlos II, se han antepuesto con el olvido á sucesos memorables.

¿Qué de menos echo, en medio de mis insípidas pompas, aquel mundo de tribulacion y de lágrimas, aquellos tiempos en que yo mezclaba mis penas con las de una colonia de desgraciados! Es pues cierto que todo cambia, que muere tambien la desgracia como la prosperidad. ¿Qué se han hecho mis hermanos de emigracion? Los unos han muerto, los otros han sufrido diversa suerte: ellos han visto, como yo, desaparecer sus parientes y sus amigos: ellos son menos felices en su patria que lo eran en tierra extranjera. ¿No teníamos en esta tierra nuestras reu-

niones, nuestras diversiones, nuestras fiestas, y sobre todo nuestra juventud? Madres de familia, niñas tiernas que comenzaban su vida en la adversidad, traían el fruto semanal de la labor por disfrutar de algún bailecito de la madre patria. Se formaban relaciones en las conversaciones de la tarde después del trabajo, sobre los céspedes de Hamstead y de Primrose-Hill. Orábamos el 21 de enero y el día de la muerte de la reina en capillas adornadas por nosotros en casuchas viejas, conmovidos por la oración fúnebre que pronunciaba el cura emigrado de nuestra aldea. Paseábamos a lo largo del Támesis, viendo los buques cargados con las riquezas del mundo, y admirando las casas de campo de Richmond; nosotros, tan pobres; nosotros, privados del techo paterno: ¡y todo esto es una felicidad!

Cuando llego en 1822, en lugar de ser recibido por mi amigo, temblando de frío, que abre la puerta de nuestra buhardilla tuteándome; que se acuesta sobre su mala cama al lado de la mía, abrigándose con su pobre vestido, y teniendo por lámpara el rayo de la luna, yo atravieso a la luz de antorchas, entre dos filas de lacayos, que concluyen en cinco ó seis secretarios, y luego acerbillo en mi tránsito por las palabras: *Monseñor, Milor, Excelentísimo, Señor, Embajador*, á un salón tapizado de oro y seda.

¡Suplicoo, señores, que me dejes! ¡Tregua á tanto Milord! ¿Qué queréis que haga por vosotros? Id á reiros á la cancellería como si yo no estuviese. ¿Pretendeis que tome seriamente esta mascarada? ¿Creeis que soy tan necio que vaya á pensar que he cambiado de naturaleza porque he cambiado de traje? El marqués de Londonderry va á venir, decid; el duque de Wellington ha preguntado por S. E.; Mr. Canning me busca; lady Jersey me espera á comer con milord Brougham; lady Gwidir me cita á las diez á su palco en la Opera, y lady Mansfield á media noche en Almacks.

¡Misericordia! ¿Dónde me ocultaré? ¿Quién me libertará? ¿Quién me arrancará á estas persecuciones? ¡Volved días hermosos de mi miseria y de mi soledad! ¡Resucitad, compañeros de mi destierro! ¡Vamos, antiguos camaradas de camas de campaña y lechos de paja, vamos al campo, al jardinito de una despreciable taberna á beber una taza de mal té, hablando de nuestras locas esperanzas y de nuestra ingrata patria, platicando de nuestras penas, buscando el medio de asistirnos los unos á los otros, de socorrer á algunos de nuestros parientes, aun mas necesitados que nosotros!

Esto es lo que siento, lo que yo me digo en estos primeros días de mi embajada en Londres. No puedo desechar la tristeza que me asedia bajo mi dorada techumbre, mas que alimentándome con otra tristeza menos pesada en el parque de Kensington. El, este parque, no ha cambiado; los árboles solamente han crecido; siempre solitario, los pájaros hacen en él en paz su nido. Ya no es moda reunirse en este sitio como lo era cuando la mas hermosa de las francesas, madama Recamier, lo atravesaba seguida de la multitud. Desde el borde de los prados desiertos de Kensington me recreo viendo correr á través de Hide-Park los caballos, los carruajes de los elegantes, entre los cuales figura mi tilburí vacío, mientras que yo, convertido en un hidalguillo emigrado, subo por el solitario paseo que frecuentaba el confesor desterrado leyendo en su breviario.

En este parque de Kensington he meditado el *Ensayo histórico*; releendo el diario de mis expediciones al otro lado del mar, he entresacado los amores de *Atala*; en este parque tambien, después de haber errado por los campos bajo una atmósfera pesada, amarillenta, y como iluminada por la claridad polar, bosquejé con lápiz las pasiones de *René*. Por la noche depositaba la cosecha de mis sueños del día en el *En-*

sayo histórico y en los *Natchez*. Los dos manuscritos marchaban á la par; y eso que continuamente carecía de dinero para comprar el papel, y reunía las hojas con puntas que arrancaba de los maderos de mi habitación por falta de hilo.

Estos sitios de mis primeras inspiraciones me hacen sentir su influjo, y reflejan sobre el presente la dulce luz de los recuerdos: yo me siento arrastrado á tomar la pluma. ¡Se pierden tantas horas en las embajadas! Aquí, como en Berlin, no me falta tiempo para continuar mis *Memorias*, edificio que yo construyo con huesos y ruinas. Mis secretarios desean ir por la mañana á comer de fonda y por la noche al baile; ¡muy enhorabuena! Los criados, Peter, Valentin, Lewis, van á su taberna; y las criadas, Rosa, Pepa y María, á paseo: ¡me alegro mucho! Se me deja la llave de la puerta exterior, y el señor embajador queda encargado del cuidado de su casa: ¡si llaman, él saldrá á abrir! ¡Todo el mundo ha salido; estoy solo; manos á la obra!

Hace veinte y dos años, como acabo de decir, que yo tracé en Londres los *Natchez* y *Atala*; estoy precisamente en mis *Memorias* en la época de mis viajes por América; esto se vuelve á unir maravillosamente. Suprimamos estos veinte y dos años, como en efecto se han suprimido, de mi vida, y partamos á las florestas del Nuevo-Mundo: la historia de mi embajada llegará, cuando Dios quiera, á su fecha; pero á pocos meses que permanezca aquí, tendré el placer de llegar desde la catarata del Niagara al ejército de los príncipes de Alemania, y del ejército de los príncipes á mi retirada á Inglaterra. El embajador del rey de Francia puede contar la historia del emigrado francés en el lugar de su mismo destierro.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

TRAVESÍA DEL OCEANO.

El libro precedente termina con mi embarque en Saint-Malo. Muy pronto salimos del canal de la Mancha, y la inmensa marejada del Oeste nos anunció el Atlántico.

Es muy difícil, á las personas que no han navegado, formarse una idea de las sensaciones que se experimentan cuando desde el borde de un buque no se ve por todas partes mas que la faz del abismo. Hay en la vida peligrosa del marino una independencia inspirada por su situación lejos de la tierra; en la costa se dejan las pasiones del hombre; entre el mundo que se abandona y el que se busca no hay mas amor ni mas patria que el elemento sobre que se flota, no hay deberes que llenar, visitas que cumplir; nada de diarios; nada de política. La lengua misma de los marineros no es la lengua ordinaria; es una lengua como la que hablan el Océano y el cielo: la calma y la tempestad. Habitais un mundo de agua entre criaturas cuyo vestido, gustos, maneras y fisonomía no se parecen á los pueblos aborígenes: tienen la rudeza del lobo marino y la ligereza del pájaro; no se ven sobre su frente las inquietudes de la sociedad; las arrugas que la surcan se parecen á los pliegues menudos de la vela, y parecen mas profundas por el color que por la edad. La tez de estas criaturas, impregnada de sal, es encendida y rígida, como la superficie del escollo batido por la ola.

Los marineros se apasionan de su buque: lloran de pena cuando lo abandonan, de ternura cuando lo vuelven á encontrar. No pueden vivir con su familia; después de haber jurado cien veces que no se expondrán mas al mar, les es imposible pasar sin él, como un joven no puede arrancarse á los brazos de una querida borrascosa é infiel.

En los astilleros de Londres y Plimouth no es raro encontrar hombres nacidos en los buques; desde su infancia hasta su vejez no han bajado jamás á tierra; no han visto la tierra mas que desde su cuna flotante, espectadores de un mundo que no han pisado. En esta vida, reducida á tan pequeño espacio, bajo las nubes y sobre los abismos, todo se anima para el marinero: un ancla, una vela, un mástil, un cañon, son personajes á que cobra afecto y que tienen cada uno su historia.

La vela fue destrozada sobre la costa de Labrador; el maestre le puso la pieza que tiene.

El áncora salvó el buque cuando cejó sobre las otras anclas en medio de los corales de las islas de Sandwich.

El mástil se rompió en una borrasca en el cabo de Buena-Esperanza; era de una pieza, y es mas fuerte ahora que tiene dos.

El cañon es el único que no fue desmontado en el combate de la Chesapeake.

Las noticias de bordo son muy interesantes; se acaba de echar la guindola; el buque corre mucho.

El cielo está claro á Mediodía; se ha tomado altura; se está á tal latitud.

Hay tantas leguas ganadas de buen camino; la declinación de la aguja es de tantos grados; se eleva al Norte.

La arena del reloj pasa con dificultad, lloverá; se han visto peces al Sur, el tiempo va á calmar; se ha formado un clarito al Oeste en las nubes, es el pié del viento, mañana soplará de esta parte.

El agua ha cambiado de color; se han visto flotar maderas y yerba; se han visto paviotas y ánades; un pajarito ha venido á descansar en una verga; es preciso tomar la vuelta de afuera, porque la tierra está próxima, y no es bueno atracar de noche.

En la espineta hay un gallo favorito, ó por mejor decir sagrado, que sobrevive á todos: es famoso por haber cantado durante un combate, como si estuviera en un corral en medio de sus gallinas. Bajo el puente habita un perro, piel verdosa y listada, cola pelada, bigotes de crin; firme sobre sus patas, opone su peso al balanceo del buque; ha dado dos veces la vuelta al mundo, y se ha salvado de un naufragio sobre un tonel. Los grumetes dan al gallo el bizcocho mojado en vino, y *Caton* tiene el privilegio de dormir, cuando quiere, en el camarote del teniente.

El marinero viejo se parece al viejo labrador. Sus cosechas son diferentes, es cierto; el marinero ha traído una vida errante; el labrador no ha abandonado su campo; pero conocen igualmente las estrellas, y predicen el porvenir abriendo sus surcos. El uno ve sus profetas en la alondra, el petirojo, el ruiseñor; el otro en la procelaria y el alcion. Se recogen por la noche, el uno á su camarote, y el otro á su choza, tristes albergues que el huracán destroza sin agitar sus conciencias tranquilas.

If the wind tempestuous is blowing,
Still no danger they desery;
The guiltless heart its boon bestowing,
Sooties them with its Lullaby ect., etc.

«Si sopla el borrascoso viento, no ven ningun peligro; el corazón inocente, derramando su bálsamo, los arrulla con sus cancioncitas infantiles.»

El marinero no sabe dónde le sorprenderá la muerte, dónde acabará su vida; quizás cuando haya mezclado con el viento su último suspiro será arrojado al fondo de las olas atado á dos palos para continuar su viaje; tal vez será enterrado en un islote que desaparece para siempre, como ha dormido aislado en su hamaca en medio del Océano.

El buque por sí solo es un espectáculo; sensible al mas ligero movimiento del timon, hipógrifo ó corcel

alado, obedece á la mano del piloto, como el caballo á la de su ginete. La elegancia de los mástiles y las cuerdas; la ligereza de los marineros que voltean en las vergas; los diferentes aspectos que presenta el navío, sea que vogue inclinado por un austro contrario, sea que marche velero ante un aguilon favorable, convierten esta máquina en una de las maravillas del ingenio del hombre. Tan pronto la ola y su espuma se estrellan y salpican la carena, como se divide su onda pacífica y sin resistencia ante la proa. Los pabellones, las flamas, las velas, perfeccionan la belleza de este palacio de Neptuno; las velas mas bajas, desplegadas á lo ancho, se rodean como vastos cilindros; las mas altas, oprimidas por el centro, se parecen á los pechos de una sirena. Animado de un soplo impetuoso, el navío, con su quilla, como si fuera un arado, surca con estrépito el fondo de los mares.

En este camino del Océano, en cuya longitud no se ven árboles, ni aldeas, ni ciudades, ni torres, ni campanarios, ni sepulcros; en este camino sin columnas, sin piedras miliarias, que no tiene mas límites que el vacío, mas descanso que los vientos, por luz las estrellas, la mas hermosa de las aventuras cuando no se buscan tierras y mares desconocidos, es el encuentro de dos buques. Se descubren en el horizonte mutuamente con el antejo, y se dirigen el uno hácia el otro. La tripulación y los pasajeros se apresuran á subir sobre cubierta. Las dos embarcaciones se aproximan, izan su pabellon, medio recogen sus velas, y se colocan de través. Cuando todo está en silencio, los dos capitanes, montados sobre el alcázar de popa, se hablan con la vocina: «¿El nombre del buque? ¿De qué puerto? ¿El nombre del capitán? ¿De dónde viene? ¿Cuántos días de travesía? ¿La latitud y longitud? Adios, buen viaje.» Se sueltan los rizos, y la vela cae. Los marineros y los pasajeros de los dos buques se separan sin decir ni una palabra: los unos buscan el sol del Asia, los otros el de Europa, que los verán morir igualmente. El tiempo arrastra y separa á los viajeros mas pronto todavía que el viento en el Océano: se hacen una demostracion de lejos: ¡Adios, buen viaje! El puerto comun es la eternidad.

¿Y si el buque fuese el de Cook ó de La-Perouse?

El patron de mi embarcacion era un antiguo comisionado, que se llamaba Pedro Villeneuve, cuyo nombre me agradaba porque me recordaba la buena Villeneuve. Habia servido en la India al baile Souffren, y en América con el conde Estaing, y se habia hallado en muchos combates. Sentado en la barandilla del buque, al lado del bauprés, como un veterano bajo la parra de su jardinillo en el foso de los Inválidos. Pedro, masticando tabaco, me describía el momento del zafarrancho, el efecto de las detonaciones de la artillería bajo los puentes, el destrozo de las balas cuando pegaban en las cureñas, en los cañones ó maderámen. Yo le hacia hablar de los indios, de los negros y de los colonos. Le preguntaba cómo eran sus vestidos, cómo los árboles, qué color tenía la tierra y el cielo, qué sabor los frutos, si las piñas eran mejores que los albéchigos, las palmeras mas hermosas que las encinas. El me explicaba todo por comparaciones con las cosas que yo conocia; la palmera era una gran berza, el traje de un indio como el de mi abuela, los camellos se parecían á un asno jorobado; todos los pueblos de Oriente, y especialmente los chinos, eran holgazanes y ladrones. Villeneuve era de la Bretaña, y siempre concluimos nuestra conversacion con el elogio de la incomparable belleza de nuestra patria.

La campana interrumpia nuestras pláticas; ella arreglaba las guardias, la hora de vestirse, la de revista, la de comer. Por la mañana, con una señal, la tripulación, formada en el puente, se quitaba la camisa azul y se vestía otra que secaba en las cuerdas. La camisa que se dejaba era inmediatamente lavada en cubetas, en las que esta pension de focas jabonaba

también sus rostros ennegrecidos y sus piernas embreadas.

En las comidas del medio día y la noche, los marineros, sentados alrededor de las gamellas, metían uno tras de otro, con regularidad y sin fraude, su cuchara de metal en el rancho, que flotaba con el vaiven del buque. Los que no tenían hambre vendían, por un poco de tabaco ó un vaso de aguardiente, su ración de gallina y de vianda salada á sus camaradas. Los pasajeros comían en la cámara del capitán. Cuando hacía buen tiempo se tendía una vela sobre la popa, y se comía á la vista de un mar azul salpicado de manchas blancas levantadas por la brisa.

Envuelto en mi capa, me acostaba por la noche sobre cubierta. Mis miradas contemplaban las estrellas: la vela hinchada me enviaba la frescura de la brisa que me arrullaba bajo la bóveda celeste: medio adormecido y llevado por el viento, cambiaba de cielo cambiando de pensamiento.

Los pasajeros á bordo de un buque ofrecen una sociedad diferente de la tripulación: pertenecen á otro elemento: su destino está en la tierra. Los unos corren á buscar fortuna, los otros el reposo; aquellos vuelven á su patria, estos la abandonan; otros navegan para instruirse en las costumbres de los pueblos, estudiar las ciencias y las artes. Se tiene tiempo de conocerse en esta hospedería errante, que viaja con el viajero, de aprender muchas aventuras, concebir antipatías y contraer amistades. Cuando van y vienen estas mujeres jóvenes, nacidas de sangre inglesa y sangre india, que reúnen la belleza de Clarisa á la delicadeza de Sacontala, se forman lazos que atan y desatan los vientos perfumados de Ceilan, dulces como ellas, como ellas ligeras.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FRANCISCO TULLOCH.—CRISTÓBAL COLÓN.—CAMOENS.

Entre los pasajeros se hallaba un inglés. Francisco Tulloch había servido en la artillería; pintor, músico, matemático, hablaba muchos idiomas. El abad Nagaut, superior de los Sulpicianos, encontró al oficial anglicano y lo hizo católico, llevando su neófito á Baltimore.

Me hice compinche de Tulloch: como yo era profundo filósofo entonces, lo invité á volver al seno de su familia. El espectáculo que teníamos á la vista lo trasportaba de admiración. Nos levantábamos por la noche, cuando el puente estaba encomendado al oficial de guardia y á algunos marineros, que fumaban sus pipas en silencio. *Tuta æquora silent.* El buque marchaba á impulso de las olas sordas y lentas, mientras que corrían centellas de fuego mezcladas con la blanca espuma á lo largo de sus flancos. Millares de estrellas alumbraban en el sombrío azul de la bóveda celeste un mar sin límites: ¡lo infinito en el cielo y en las aguas! Jamás me ha turbado tanto la grandeza de Dios como en estas noches, en que tenía la inmensidad sobre mi cabeza y la inmensidad bajo mis pies.

Nuestra marcha se retrasó con los vientos de Oeste y con las calmas que experimentamos. El 4 de mayo nos hallábamos á la altura de las Azores. El 6 descubrimos la isla del Pico; este volcan dominó mucho tiempo mares no navegados; inútil faro de noche, señal sin testigo de día.

Es un espectáculo algo mágico el que ofrece la tierra cuando sale del fondo del mar. Cristóbal Colón, en medio de su gente insurreccionada, dispuesto á volver á Europa sin conseguir el objeto de su viaje, descubre una lucecita en una playa que le ocultaba la noche. El vuelo de las aves lo había guiado hacia América; el resplandor de un hogar salvaje le revela un nuevo mundo. Colón debió experimentar esta espe-

cie de sensación que la *Escritura* atribuye al Creador, cuando después de haber sacado al mundo de la nada vió que su obra era buena: *vidit Deus quod estes bonum.* Colón creaba un mundo. Una de las primeras exclamaciones del piloto genovés es la que Giustiniani, publicando un salterio hebreo, coloca en forma de nota bajo el salmo: *Cæli enarrant gloriam Dei.*

No debió maravillarse menos Vasco de Gama cuando abordó en 1498 á la isla del Malabar. Todo cambiaba entonces en el golfo: una nueva naturaleza aparece; el velo que por espacio de miles de siglos ocultaba una parte de la tierra, se levanta; se descubre la patria del sol, el sitio de donde sale todas las mañanas, como un esposo, ó un gigante: *tamquam sponsus, ut gigas*; se ve desnudo este brillante Oriente, cuya historia misteriosa se mezclaba con los viajes de Pitágoras, con las conquistas de Alejandro, con el recuerdo de las cruzadas, y cuyos perfumes llegaban hasta nosotros á través de los campos de la Arabia y los mares de Grecia. Europa le envió un poeta para saludarlo; el cisne del Tajó hizo resonar su triste y hermoso canto en las costas de la India: Camoens les robó su esplendor, su fama y su desgracia; no les dejó mas que sus riquezas.

LAS AZORES.—LA ISLA GRACIOSA.

Cuando Gonzalo Villo, abuelo materno de Camoens, descubrió una parte del archipiélago de las Azores, debería haberse reservado, si hubiese previsto el porvenir, una concesión de seis piés de tierra para cubrir los huesos de su nieto.

Echamos anclas en una mala rada, sobre una base de rocas por cincuenta y cinco brazas de agua. La isla *Graciosa*, ante la cual habíamos fondeado, nos presentaba sus colinas un poco abultadas con sus contornos, como las elipses de una ánfora etrusca; estaban cubiertas con la verdura de los trigos, y exhalaban un olor agradable y peculiar de las cosechas de las Azores. Se veía en medio de estos tapices las divisiones de los campos, formadas con piedras volcánicas, mitad blancas y mitad negras, y amontonadas las unas sobre las otras. Una abadía, monumento de un mundo antiguo en un suelo nuevo, se mostraba en la cima de una colina; al pié de esta colina, en una ensenada guijarrosa, reflejaban los tejados encarnados de la ciudad de Santa-Cruz. La isla entera, con sus bahías, cabos, ancones y promontorios, duplicaba su paisaje en las olas. Rocas verticales naciendo en el agua le servían de muralla exterior. En el fondo del cuadro, el cono del volcan de Pico, plantado sobre una cúpula de nubes, hendía mas allá de la isla *Graciosa* la perspectiva aérea.

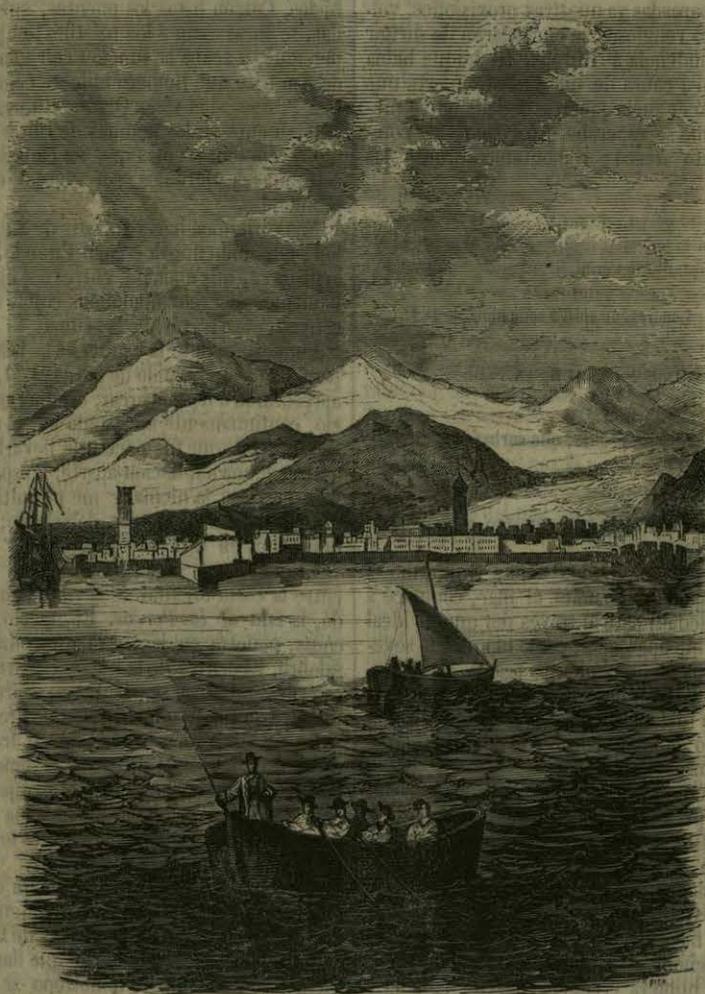
Se decidió que yo fuese á tierra con Tulloch y el segundo gefe; se echó la chalupa al mar, y se dirigió hacia la costa, distante cerca de dos millas. Descubrimos movimiento en la costa; una lancha avanzó hacia nosotros. Cuando estuvo al alcance de la voz, distinguimos una porción de frailes. Nos hablaron en portugués, en italiano, en inglés, en francés, y respondimos en las cuatro lenguas. Reinaba la alarma; nuestro buque era la primera embarcación de gran porte que se hubiese atrevido á fondear en la rada peligrosa en que nosotros sufríamos la marea. Por otra parte, los insulares veían por la primera vez el pabellón tricolor; no sabían si nosotros veníamos de Argel ó de Túnez: Neptuno no había reconocido este pabellón tan gloriosamente conducido por Cibeles. Cuando vieron que teníamos figura humana, y que entendíamos lo que nos hablaban, fue extremada su alegría. Los frailes nos recogieron en su lancha, remamos alegremente hacia Santa-Cruz, y desembarcamos con alguna dificultad, á causa de una resaca bastante violenta.

Toda la isla vino en tropel. Cuatro ó cinco alguaci-

les, armados con picas enmohecidas, se apoderaron de nosotros. El uniforme de S. M. me atraía los honores, y me hizo pasar por el hombre de importancia de la diputación. Nos llevaron á casa del gobernador, donde su excelencia, en un chitribil, y vestido con un viejo uniforme verde que había estado galoneado de oro, nos dió una audiencia solemne, y nos permitió refrescar los víveres.

Nuestros religiosos nos llevaron á un convento, edificio con balcones, cómodo y claro. Tulloch había hallado un compatriota: el principal hermano

que nos acompañaba siempre era un marinero de Jersey, cuyo buque y cargamento había perecido sobre la *Graciosa*. Habiéndose salvado del naufragio, y no careciendo de inteligencia, se mostró dócil á las lecciones de los catequistas; aprendió el portugués y algunas palabras de latin; y como además militase en su favor su origen inglés, lo convirtieron y se hizo fraile. El marinero de Jersey, alojado, vestido y mantenido del altar, hallaba esto mucho mas dulce que ir á recoger la vela de la verga de periquito. Aun se acordaba de su antiguo oficio, y como había estado mucho



VISTA DE SANTA CRUZ DE TENERIFE.

tiempo sin hablar su idioma, estaba encantado de haber hallado quien lo entendiera; reía y juraba como un verdadero marino. El nos paseó por la isla.

Las casas de los pueblos, construidas de madera, y piedra, se adornaban con galerías exteriores, que les daban cierto aire gracioso, porque recibían así mucha luz. Los paisanos, casi todos viñadores, estaban medio desnudos y bronceados por el sol: las mujeres, pequeñas, amarillas como mulatas, pero vivas, parecían sencillamente coquetas con sus adornos de flores y sus collares.

Las pendientes de las colinas están cubiertas de cepas, que dan un vino parecido al de Fayal. El agua escaseaba; pero en todas partes por donde murmuraba una fuente crecía una higuera, y se elevaba un oratorio con un pórtico pintado al fresco. Sobre una de estas higueras vi posarse una banda de cerzetas azu-

les. El árbol no tenía hojas, pero traía fruta encarnada engastada como cuentas de cristal. Cuando se vió adornado por los azules pájaros que dejaban colgar sus alas, su fruto aparecía de un color de púrpura brillante, mientras que parecía que el árbol había echado de repente un follaje azul.

Es probable que las Azores fuesen conocidas de los cartagineses: es cierto que se han hallado monedas fenicias en la isla de Corvo. Se dice que los navegantes modernos, que abordaron los primeros á esta isla, encontraron una estatua ecuestre, con el brazo derecho extendido, y señalando con el dedo el Occidente, y acaso esta estatua sea el grabado de invención que adorna las antiguas cartas de marear.

Yo he supuesto en el manuscrito de los *Natchez*, que *Chaetas*, al volver de Europa, tomó tierra en la isla de Corvo, y que halló la estatua misteriosa. El ex-